

# Globalización: límites y paradojas

## I. INTRODUCCION

Al comienzo de su artículo “Consecuencias sociales de la globalización”, Fernando Henrique Cardoso advierte que “Globalización se convirtió en la última palabra de moda frecuentemente repetida y casi nunca con el mismo sentido. Es, en verdad, uno de estos conceptos extremadamente incluyentes que distintas personas emplean para explicar hechos de distinta naturaleza”. El comentario de Cardoso es acertado, y sugiere la conveniencia de establecer algunas precisiones conceptuales ante una palabra que no sólo está de moda sino que además parece muy útil y atractiva, ya que puesto que todos creen entender su significado, su empleo permite ahorrar el esfuerzo de realizar análisis mínimamente rigurosos o refinados acerca de los fenómenos a los que se aplica.

Las complejidades de la globalización son de variada índole. Por una parte, sus manifestaciones son multifacéticas, es decir, no se refieren sólo al campo de la economía internacional, sino que abarcan ámbitos quizás más importantes que el económico. En efecto, el actual proceso de globalización ha sido ante todo, y principalmente, un asunto tecnológico, ya que han sido los prodigiosos avances en las tecnologías de difusión de la comunicación los que han posibilitado las expansiones de efectos globales en otras áreas, tales como las culturales, valóricas,

políticas y, finalmente, y casi como una consecuencia de las anteriores, las económicas, comerciales y financieras. Por otra parte, sin embargo, la globalización presenta límites espaciales, geográficos y culturales, que aunque obvios suelen ser analíticamente descuidados, ello a pesar de que tales limitaciones implican una contradicción en el uso del término; lo que quiero decir en una palabra, es que la globalización no es un fenómeno global.

En orden a lograr algunas precisiones básicas al respecto, creo necesario revisar brevemente las etapas del actual proceso de globalización.

## II. LA GLOBALIZACION INFORMATIVA Y CULTURAL

En la década de 1960 Marshall McLuhan acuñó su concepto-imagen de la “Aldea Global” para aludir a los efectos de las modernas tecnologías de transmisión de la información y la comunicación que posibilitaban la interconexión instantánea de los más distantes lugares del planeta a través de las redes globales de transmisión de la información. Técnicamente ya era posible que cualquier habitante del planeta tuviera acceso a la información generada en cualquier punto del globo en el momento mismo en que ella se producía. De esta manera, las distancias temporales y espaciales perdían toda relevancia y el mundo entero podía considerarse reducido a las dimensiones de una aldea, en la que todos sus miembros podían compartir simultáneamente las mismas informaciones.

La primera implicación que cupo deducir de estos planteamientos fue que si todos los hombres eran receptores de la misma información —entendida ésta, por cierto, en el más amplio sentido del término— gradualmente todos llegarían a compartir también los mismos gustos, aspiraciones, creencias, valores, hábitos, intereses; en una palabra, todos llegarían a compartir la misma cultura, cuyos rasgos homogéneos y homogenizantes alcanzarían una amplitud planetaria.

El diagnóstico de McLuhan logró una rápida divulgación y

muy pronto se lo estaba debatiendo desde diversos ángulos. Uno de los aspectos sobre el que más tempranamente lanzaron sus advertencias algunos de sus críticos fue la supuesta ingenuidad o ceguera ideológica de que adolecía la visión del pensador canadiense. En efecto, aun sin desconocer las características básicas de las tesis de McLuhan, éstas parecían ignorar un hecho clave, esto es, que la homogeneidad en el flujo de información era parcial y, peor aún, unidireccional. Es decir, la homogenización global se manifestaba sólo en la posibilidad que todos los habitantes del mundo tenían de acceder a las redes planetarias de comunicación en cuanto receptores pasivos de la información; pero, en cambio, el acceso a dichas redes en cuanto emisores de información estaba limitado sólo a unos pocos, específicamente a quienes controlaban las grandes agencias informativas transnacionales, la casi totalidad de las cuales tenía sus centros en países de Occidente y Japón. En consecuencia, la imagen más adecuada para representar el escenario global emergente no era la de una aldea igualitaria, sino la de un gran imperio mundial bajo la hegemonía occidental.

La crítica reseñada más que impugnar la tesis central de McLuhan la complementaba, al incorporar las probables consecuencias políticas que la globalización comunicativa eventualmente traería consigo.

### III. LA GLOBALIZACION POLITICA Y ECONOMICA

Treinta años después, las principales tendencias dominantes en amplios sectores del mundo parecen apuntar en dirección a la configuración de una gran aldea imperial bajo las pautas hegemónicas dictadas por Estados Unidos, cuya "cultura" y cuyos modelos políticos y económicos no enfrentan alternativas viables en la actualidad. Es cierto que durante este período se han desarrollado importantes acontecimientos imprevisibles no sólo para McLuhan y sus críticos de la época, sino también para expertos y teóricos bastante posteriores. Lo interesante, sin embargo, es que, por lo menos a primera vista, el mundo de hoy se asemeja cada vez más al visualizado por McLuhan hace tres décadas, y a ello han contribuido eventos políticos y eco-

nómicos que sólo indirectamente pueden relacionarse con el siempre creciente desarrollo de las tecnologías de la comunicación.

Entre los sucesos más relevantes que tienden a favorecer la consolidación de un mundo globalizado se hallan, por cierto, los acontecidos en 1989, que significaron la caída de los llamados "socialismos reales", la desintegración del bloque soviético en Europa Central y Oriental y la de la propia Unión Soviética en 1991, el consecuente término de la división bipolar del poder mundial y de la Guerra Fría sostenida por las grandes potencias durante más de cuatro décadas, y el subsecuente inicio en aquellos países europeos de procesos de transición política a la democracia y de liberalización y apertura de sus mercados para posibilitar su inserción en la economía mundial.

La democracia política y la libertad de los mercados son principios largamente propugnados por Estados Unidos. El prestigio universal casi indiscutido alcanzado por la democracia como régimen político y el reconocimiento de la eficacia de los mercados libres y abiertos en la esfera económica significan la imposición de hecho, voluntariamente aceptada en algunos casos, de valores y principios que la política exterior estadounidense se ha interesado en promover a través del mundo. La instauración de la democracia en países hasta hace poco dominados por regímenes autoritarios o dictatoriales de diversas orientaciones ideológicas, y los procesos de liberalización económica que se llevan actualmente a cabo en numerosos países que habían adoptado modelos de economías centralmente planificadas o con fuerte control estatal, pueden interpretarse como indicadores significativos en diferentes ámbitos de los avances de la globalización liderada por Estados Unidos.

Quizás no sea superfluo añadir que la influencia globalizadora de Estados Unidos se manifiesta en los más variados aspectos de la vida social y cultural y afecta nuestros gustos y preferencias en comidas, bebidas, vestimenta, música popular, películas, etc. Se trata, en suma, de la adopción de estilos de vida moldeados de acuerdo a los cánones culturales diseñados en ese país, y que paulatinamente se han ido sobreponiendo a los

patrones culturales autóctonos, los que aparecen cada vez más desplazados por las oleadas modernizadoras exportadas desde el Norte. Por cierto, éstas no se limitan sólo a aspectos como los señalados, que algunos —ignorando los análisis de Gramsci acerca de la importancia de la cultura en sus más diversas manifestaciones— podrían calificar como relativamente banales, sino que también incluyen la difusión de valores más elevados, como, por ejemplo, el respeto a los derechos humanos. Sin duda, las violaciones a los derechos fundamentales de los individuos continúan ocurriendo en muchos lugares; pero ahora tales prácticas reciben al menos la condena moral de amplios sectores.

Este mismo ejemplo nos muestra la considerable distancia que aún subsiste entre los proclamados ideales del modelo y su concreción efectiva en la realidad, aun en los países política y económicamente más desarrollados. Ni siquiera Fukuyama, el más entusiasta heraldo del “triunfo definitivo” del liberalismo, ha postulado que los principios liberales de democracia política y capitalismo de mercado se hallen plenamente concretados en sociedad alguna. El sólo plantea que, por fin, la humanidad ha encontrado los instrumentos y los planos que posibilitan alcanzar la meta de reconocimiento de su dignidad por la que ha luchado a lo largo de la historia, y que todas las sociedades se encaminan a diferentes ritmos hacia ese destino final único, del cual se encuentran a también diferentes distancias.

Las tesis de Fukuyama son pertinentes en un análisis de la globalización porque sugieren que ésta se efectúa dentro del marco de los principios políticos y económicos del liberalismo. Pero, como sabemos, el enfoque del Fukuyama ha sido fuertemente impugnado desde múltiples perspectivas. En esta ocasión quisiera referirme brevemente tan sólo a una de ellas, la planteada por Samuel Huntington en su artículo “The Clash of Civilizations?”.

En ese artículo Huntington postula la coexistencia en el mundo actual de ocho civilizaciones, cada una de las cuales se sustenta en una determinada visión de la realidad y en un repertorio particular de principios y valores incompatibles en mayor o

menor grado con los de la "Civilización Occidental", lo que impedirá que éstos alcancen la dimensión universal que los teóricos de la globalización han pronosticado.

No voy a discutir aquí los muchos puntos debatibles contenidos en el análisis de Huntington. Por ejemplo, el concepto mismo de "civilización", el número de ellas, o la existencia de una "civilización latinoamericana", diferente a la occidental y supuestamente impermeable a su influencia. Pero lo que en definitiva hace válido, a mi juicio, el argumento de Huntington es que, en cualquier caso, es preciso reconocer que al menos una de la "civilizaciones" por él mencionadas —me refiero a la civilización musulmana— presenta una deliberada y militante resistencia a la influencia occidental. En consecuencia, parece existir un límite infranqueable a la expansión del proceso de globalización, construido sobre fundamentos culturales, políticos, económicos y tecnológicos de origen occidental.

#### IV. GLOBALIZACION Y FRAGMENTACION

En suma, la globalización es y será menos global que lo que corrientemente se cree. Pero aun en el mundo globalizado, propiamente tal, esto es, Occidente, su periferia latinoamericana y sus enclaves o áreas de influencia en ciertas regiones asiáticas y en algunos otros lugares del planeta, ¿qué significado, qué alcances, qué consecuencias, tiene realmente el proceso de globalización?

El efecto más obvio parece ser producir una homogenización en los valores políticos y morales, en las formas de producción de bienes económicos, y en los estilos de vida, las costumbres, la "cultura" de los seres humanos pertenecientes al mundo globalizado.

Este proceso homogenizador fue posibilitado de manera muy decisiva, como ya lo indicamos, por el desarrollo de las tecnologías de transmisión de la información, las cuales permitían interconectar todos los sectores del mundo en redes globales de comunicación de modo tal que todos los habitantes del planeta

podían compartir la misma información. Es posible sostener, por lo tanto, que la globalización comenzó siendo un fenómeno tecnológico.

Pero las tecnologías han continuado desarrollándose aceleradamente, y tal vez el área más dinámica en este desarrollo ha sido el vinculado a las tecnologías de la información. Sin embargo, las posibilidades comunicativas que abren estos nuevos desarrollos tienen ahora una orientación contrapuesta a las que dieron lugar al inicio de la globalización. Aquellas tecnologías estaban enfocadas hacia una siempre creciente uniformidad comunicativa, y su efecto fue generar una integración de alcances planetarios; las actuales, en cambio, sin abandonar sus potencialidades integradoras, tienen también la capacidad de posibilitar el acceso a una gran multiplicidad de fuentes de información; es decir, están orientadas tanto hacia la integración como hacia la diversificación y la fragmentación informativas.

La televisión por cable, y más recientemente la Internet, ofrecen posibilidades virtualmente ilimitadas de acceso a informaciones cada vez más segmentadas. Sin duda, estas nuevas posibilidades son fascinantes desde muchos puntos de vista. Socialmente, sin embargo, pueden llegar a constituir un elemento de peligrosa desintegración, debido a la multiplicidad de opciones que ofrece. Esta fragmentación informativa constituirá en el futuro próximo un elemento significativo que será necesario ponderar con extremo cuidado y atención, puesto que opera en sentido contrario a las tendencias globalizadoras que hasta aquí hemos conocido. La nueva forma de globalización emergente podría ser la de millones de pequeños grupos de individuos integrados a redes de información globales en lo geográfico, pero extremadamente parciales en cuanto a los contenidos transmitidos, ya que ellos se hallan restringidos a los peculiares y especializados intereses de cada grupo. Así, la integración global de cada uno significaría al mismo tiempo su aislamiento y desintegración respecto de su entorno físico y social.

## V. CONCLUSION

Lo primero que es preciso recalcar respecto del actual proceso de globalización es que éste no es un fenómeno global. Liderado por Estados Unidos, se ha expandido por su esfera de influencia directa, esto es, Occidente (incluyendo su periferia latinoamericana), y ha alcanzado también otras regiones, especialmente en el área de la economía. En efecto, el comercio internacional es el área en la cual la globalización muestra sus mayores avances y amplitud. Pero ni aun en este campo la globalización tiene dimensiones globales, ya que vastas regiones del planeta no se han insertado al sistema económico mundial imperante, ya sea porque no han querido, o bien porque no han podido hacerlo.

Esto es así porque la integración efectiva y exitosa a las redes globales del comercio internacional exige la adaptación de los bienes y servicios ofrecidos a los cánones de consumo occidentales. Es por esta razón que la globalización no puede ser entendida como un asunto meramente económico. Ella tiene implicaciones políticas y culturales. El mejor ejemplo de las primeras lo constituye la indiscutida valoración de la democracia, cuya aceptación es hoy universal, aun cuando este sistema de gobierno sea entendido y practicado de maneras muy diversas en los distintos países que lo han adoptado.

En el ámbito "cultural", las manifestaciones más significativas de la globalización se hallan en la expansión planetaria de los hábitos de consumo estadounidenses en cuanto a comidas, bebidas, vestuario, entretenimiento y fuentes de información.

Pero, por cierto, el factor clave que ha posibilitado el desarrollo de los procesos de globalización en las diversas áreas mencionadas, ha sido el notable y vertiginoso progreso en las tecnologías de la comunicación. Basándome en este hecho es que he sostenido que la globalización es primeramente un fenómeno tecnológico, condicionado por la tecnología. Pero una vez reconocida esta relación, se hace preciso examinar la evolución de las tecnologías de transmisión de la información, y entonces enfrentamos una sorprendente paradoja cuyas consecuencias

puede ser aún prematuro evaluar: el perfeccionamiento de las tecnologías de la comunicación que posibilitaron la globalización ahora posibilita la disgregación informativa a nivel global... Tal vez éste será el principal límite a la globalización efectiva que proclaman las visiones ingenuas o simplistas del fenómeno en el futuro cercano.